

Taller de cuentistas latinoamericanas del s.XX

Impartido por Regina Ros

Andrea Ortiz
Bianka Hernández
Lexy Peralta
Natalia Córdoba
Paula Prado

Participantes

Andrea Ortiz

Bianka Hernández

Lexy Peralta

Natalia Córdoba

Paula Prado

Regina Ros

Introducción

Aquí se reúnen los textos producidos durante el Taller de lectura y escritura: «Cuentistas latinoamericanas del siglo XX», impartido por Regina Ros Gómez en el café Desastre, de febrero a marzo del 2023, en Ciudad de México. El taller tuvo como objetivo impulsar la lectura de escritoras poco leídas en la actualidad, que cultivaron el género del cuento durante el siglo XX: Silvina Ocampo, Nélida Piñón, Amparo Dávila, Armonía Somers, María Luisa Bombal, Sara Gallardo y Elvira Orphée.

Para cada sesión, leíamos dos cuentos a partir de los cuales se desplegaba una asignación de escritura que podía implicar características formales o temáticas de los textos. Esta compilación es pues un recorrido de nuestro encuentro con estas autoras, pero también una incitación a leerlas.

I

Amada
en el
amado



A partir de los cuentos, «Amada en el amado» en *Los días de la noche* de Silvina Ocampo y «El cortejo de lo divino» en *Cortejo do divino e outros contos escolhidos* de Nélida Piñón, escribimos narraciones epistolares en las que tomamos como referencia temática «la fusión de los amantes».



Divino diálogo amoroso

Bianka Hernández Adam

Amado mío:

Una vez más me encuentro frente a esta página en blanco aunque en esta ocasión, tan diferente a todas las demás, sostengo casi con devoción mi pluma porque por fin he llegado hasta ti. Las manos me tiemblan porque no estoy acostumbrada a escribirte sin sentir desesperación o hambre. He de decir que incluso mis lágrimas, que inevitablemente aterrizan sobre el papel, deciden disponerse de una forma distinta, como en una especie de radial húmedo, y es lógico porque ahora te lloro con el corazón lleno de fe.

Esta es mi carta número 122. Como recordarás el flujo de correspondencia dejó de ser bilateral desde la carta número 13 y, lo que sentí ante lo que yo percibí como un canal de comunicación fracturado en el que ya no existía un receptor, fue la más absoluta devastación. Sin embargo, de alguna forma me reconocí condenada a jugar la contraparte de tu indiferencia y continué intentando establecer contacto contigo de manera compulsiva.

Si no tuviera la certeza de que realmente has estado aquí todo este rato, sentiría mucha vergüenza al confesarte que alrededor de la carta

número 77 comencé a perder la esperanza. Pasaba noches enteras escribiéndote con lágrimas y gritos. Obsesa te buscaba a mi alrededor y con las manos juntas a la altura de mi pecho recé como es debido rezar, con desesperación y ofreciendo un sacrificio que atente directamente contra las más bajas pasiones del ser humano.

No desistí y seguí escribiéndote con religiosidad, la sensación de estar lanzando palabras al vacío lo hacía todo más soportable. Y fue así, mi amor, que llegamos a la carta número 121. ¡La carta en la que por fin apareciste! Al principio me pareció estar escuchando tu voz a la vez que trazaba esa ansiosa y enferma grafía que tan conocida te debe parecer ahora, pero con tu infinita misericordia de hombre justo comenzaste a revelarte entre mis propias palabras. Entendí entonces que la tan esperada respuesta se encontraba frente a mí, pero no en la forma en la que mi mundana tristeza ansiaba, pues Dios me había escuchado y el amor que me había concedido escapaba de cualquier atributo terrenal. Fue así que, en el mismo ejercicio de escribirte se comenzaron a dibujar las comisuras de tus labios, las cuencas de tus ojos, y sobre todo, tus maravillosas palabras.

Me reprocho haber necesitado tanto tiempo de lo que yo creí la tristeza más absoluta e inabarcable para comprender tal obvedad, el

formato predilecto de un amor como el nuestro no puede ser sino el flujo eterno de palabras. Mucho más si osé llenarme la boca de divinidad y gritarle al cielo que me concediera alivio ante tal mutilación de espíritu. Si me atrevo a utilizar la palabra obviedad es por pura lógica, tú y yo hace mucho que mudamos a un nosotros. Este cerebro con sus infinitas ramificaciones es realmente nuestro, y somos emisores y receptores al mismo tiempo. Al intentar explicar el mundo a nuestro alrededor recurrimos a las mismas imágenes, recuerdos y creencias.

La acción de evocarte a través de las palabras se parece demasiado a orar y la única forma de mantener nuestro amor cerca de la divinidad es que no haya carne involucrada. No te beso, no te siento y apenas y te veo. El sacrificio de habernos fusionado en un solo ser es este. Si bien sé que tus pestañas no me volverán a acariciar los pómulos, entrego mi -nuestro- corazón a este diálogo redondo, infinito y amoroso.

Siempre pensé que el cortejo antecedería la fusión de los amantes, pero ahora sé que si gritas el nombre de Dios con suficientes fuerzas, es justo lo contrario.

En perenne solitud

Lexy Peralta

Miro absorta esa pintura que un día me prometí a mí misma conocer, la observo con detenimiento, aún después de las innumerables veces que la he visitado me permite perderme en mis pensamientos. Sin darme cuenta, de pronto se me agolpan los recuerdos como instantáneas de una película absurda y sin sentido. Reconozco ese diálogo interno que viene cuando estoy saturada, lejos de la meditación y cerca de mis añoranzas.

¡Carajo!, otra vez esas evocaciones, discuto conmigo misma, me reclamo, me desespero, pero al final dejo existir esa perorata que me da una ridícula y momentánea paz. ¿Recuerdas que nos gustaba ver películas en aquel sillón café medio desvencijado, manchado de comida y marcas blancuzcas de cuando hacíamos el amor? El ritual de llegar a tu casa, quitarnos los zapatos, sentarnos uno casi encima del otro, escoger alguna película, yo subir mis pies sobre tus piernas y tú acariciarme lentamente recorriendo cada uno de mis pequeños dedos; era una ceremonia, una manera de -sin palabras- decirnos cuánto nos amábamos. Las mañanas de tu café sin azúcar y Bowie acompañándonos de fondo, tu computadora, tu periódico, tus manías. Qué pena que esa intensidad nuestra nos alcanzó



hasta quemarnos el corazón con suspicacias, miedos y ese necio afán de poseernos, de fusionarnos en el absurdo de una vida en común que nunca tuvimos y nos hizo perdernos en discusiones estériles, reventarnos de reclamos, y al final, cada uno tomar su camino.

Sigo mirando ensimismada la pintura y pienso que hace apenas unos días cumplimos una eternidad de cuatro años separados, desde la última vez que nos encontramos llenos de promesas incumplidas y el desasosiego clásico de los enamorados. Pienso que estoy bien sin ti -me miento-, digo que fue acertado irme a vivir a Florencia sin avisarte -sigo mintiéndome-, me convenzo de que tu gran ego masculino y eso a lo que llamabas costumbre contribuyó a nuestra separación, ¿es verdad que ya no soy tu diosa, tu faro en la oscuridad, que ya no quieres mi carne trémula, mi cuerpo deseoso del placer que me prodigabas?, me preguntaba una y otra vez en esos tiempos infames. Tus actos me dieron la respuesta aquel día. Fue tan contundente y punzante el dolor, que descubrí en mí un fuego que ardía por dentro, carcomía mi entraña, sentí un miedo profundo de perderme en ese abismo para siempre, pero esa flama se reveló también como una fuerza, mi fiereza, mi instinto de supervivencia me llevó a rescatarme de ese marasmo amoroso, tuve que desgarrar mi piel fundida con la tuya para volver a ser yo.



Hoy, después de tanto tiempos separados estoy aquí frente a La Nascita di Venere, como pronuncian bellamente los italianos, vengo como cada semana desde que vivo en Florencia a Gli Uffizi a encontrarme con ella, la admiro embebida y pienso en el nacimiento del amor y de la belleza espiritual como la fuerza motriz de la vida. Entonces tengo un deseo ferviente de fundirme con ella, de sumergirme en esa atmósfera sublime de colores tenues, pero que emana el sentido de belleza ideal representada por uno de los iconos más delicados y fascinantes de la belleza femenina.

Sigo pensando en el mito del nacimiento de Venus, que cuenta que Cronos, dios del tiempo, desgarra y lanza los genitales de su padre Caelos, lo que fertiliza el mar. El roce de la espuma engendra a Venus que, con la ayuda del viento, es transportada hasta las orillas de la isla de Chipre en una concha marina. Allí, es llevada por «las Horas» al lugar de los «Inmortales». Llévame a mí - le suplico a la Diosa-, quiero fundirme en ti, la pintura parece responderme desprendiéndose de su sitio, apunta a que va a caer al piso, grito y pido ayuda, la gente me mira con extrañeza, por qué no ven lo que yo estoy viendo, me pregunto sin obtener respuesta, pienso en lo indolente que se ha vuelto la gente.

Me siento algo mareada y descompuesta, la galería se ve diferente, como en una ensoñación



alcanzo a ver una figura inesperada, un espectro de mi pasado, ¡es él!, no hay duda, lo reconocería hasta con los ojos cerrados, su caminar rotundo y sus cabellos desparpajados. Ha venido a Florencia, sé que por fin ha llegado a mi encuentro como quedamos aquella tarde de un 8 de abril, que nos prometimos que pasara lo que pasara nos encontraríamos como en Los amantes del círculo polar frente al Nacimiento de Venus. Lo hemos cumplido, amor mío.

Mis ojos se embriagan, se inundan del fulgor del mármol al mirarlo a él por fin frente a mí, en medio de la sala, alcanzo a ver sus ojos muy abiertos sorprendidos detrás de sus lentes carey, con su aire de irreverente intelectual, me observa con detenimiento entre el terror, la admiración y el pismo, atónito comienza a recorrerme con la mirada, me percató que el aliento se le corta, luce pálido, no cesa de enterrarme los ojos como dagas escudriñando mi nueva forma.

La larga y abundante melena flota en el aire. Su extensión me permite usarla para esconder delicadamente mi pubis expuesto, mientras una de mis manos se apoya en mi pecho. Me doy cuenta de que -como siempre-, él goza verme desnuda, viene cada abril a nuestro encuentro, a admirarme e inundarse de la espuma, de mis cabellos largos, de mi mirada lánguida. Hemos creado en este acto de amor la eternidad, su amada Venus permanecerá



renaciendo de las olas del mar en perenne solitud
donde sólo él será testigo. Sí ha sido doloroso el
proceso, pero como diría Jean-Paul Sartre: «Nada
ha cambiado y sin embargo todo existe de otra
manera».



Hermes irresuelto

Regina Ros

Misterioso destinatario,

Me alegra y divierte el escribirte ahora con motivo de mi descubrimiento. Por fin encontré en el archivo de cartas devueltas, (no sin tener que ocultarme de mis supervisores), las cartas que desde hace algún tiempo no te dejan descansar. A pesar de mis reservas, ahora veo la fuente de tu mal, el por qué de tu perturbación, y te entiendo. Sin embargo, la ayuda que te ofrezco tiene un límite, pues no creo poder enviarte las cartas que deseas conocer, ya que estoy más que segura de que llegarían a ti ya ilegibles. Seguramente las hojas se desharían y las letras atravesarían el sobre, que llegaría empapado de lágrimas de tinta hasta tu buzón. Por eso más bien te escribo un informe de la irresuelta correspondencia amorosa, esperando que esto no avive el delirio de tus sueños, sino que te haga recordar, y liberarte del otro cuerpo que te asecha al querer dormir: el de esas cartas devueltas sin leer. Espero que este proceder también me ayude a desentrañar el misterio de tu fusión a posteriori con esta mujer. Adjunto pues, en el breve informe de dos de las cartas, una incógnita para hacer carburar tu memoria respecto al asunto.



En la primera carta, dirigida a ti en el '76, la tinta está como corrida, lo cual da un efecto particular a las letras, que sin estar mojadas, lo están. Las hojas repletas hasta en los bordes dan una impresión melancólica, como de verdades atolondradas con respecto a la realidad amorosa, la cual se desdibuja a su vez en un velo de tinta corrida. Pareciera que la mujer ha pasado como una regadera de jardín rociando lágrimas por toda la superficie de la hoja. Ya sea el tiempo, ya sea otra cosa, como experta en cartas, gran cartera yo misma, y entregadora profesional, puedo decirte que este difuminado no es naturalmente melancólico, sino artificio. En mi experiencia, en las cartas de amor las lágrimas caen como salpicaduras casi redondas y, en este caso, el efecto se expande hacia los lados, como fotografía del siglo XIX, desenfocada y espectral. Me pregunto entonces: ¿Acto romántico expresamente maquiavélico? ¿Acaso la mujer había declarado de más y luego se había arrepentido? ¿Entonces por qué enviar la carta? Así pues, primera incógnita: ¿las cartas de tinta corrida implican un código encriptado de la fusión de los amantes? ¿Un sentimentalismo que es difícil sacarse del cuerpo pues lo apela de manera lacrimógena?

La segunda carta que me pareció clave para desentrañar el misterio, dirigida a ti en noviembre del '77, es ya perturbadora, además de



una de las ultimas. Tiene algo parecido a tu ultimo sueño, en el que tu cuerpo se fusionaba con las cartas de la mujer, sin que supieras su contenido, cuando tu piel se desvanecía como hoja vieja, y tus ojos se derramaban en el resto de tu cuerpo como tinta. No dudes en diferir de mi interpretación, pero creo estar en lo correcto. Y bien, la segunda es una especie de prólogo a la tragedia que, se suele decir, es necesaria para que el amor se vuelva fusional, cargado de destino que enlaza por siempre, aunque lo que enlace sean dos desventurados en la imposibilidad del amor. En las palabras de esta carta, parece sugerirse que dicha tragedia necesaria no termina de llegar, y que esto desprovee de sentido al amor que ella siente crecer desmesuradamente por ti, a esta fecha, noviembre del '77. Formalmente hablando, la carta es un prólogo elegíaco a esta tragedia que no llega, compuesto por nueve partes, hecho como pastiche de dedicatorias de novelas románticas de dudosa calidad literaria. Las palabras están sacadas de libros, recortadas con una minuciosidad casi religiosa, separadas con puntuación escrita con excesiva tinta, que se fusiona con los recortes a través de los poros del papel delgado. Lo único que está escrito a mano se encuentra hacia el final. Transcribo pues la placa mortífera que figura como despedida: «Te amaré hasta que los gusanos se coman mi corazón, pudriéndose tu amor en mi amor». ¿Cuál



es la incógnita en este caso? Tengo la teoría de que la elección de la mujer por la epístola pastiche sugiere un amor no correspondido, expresado en la indistinción entre el Amor con mayúscula y el amor singular. Esto lo pienso por el hecho de que tiene que recurrir a las palabras de los otros para expresarte un amor que para ti no existe, que no tiene comunicación, y por ende tampoco correspondencia. Como dicen por ahí «Las cartas de amor o se contestan o se devuelven»¹, y parece que tú has regresado las de ella, volviéndolas, sin saberlo, patrimonio de los susurros tristes de las cartas sin dueño en la oficina de correos.

Tú procediste regresando las cartas, ¿pero qué es lo que hace una remitente no correspondida? No escribe más, recorta; o escribe, pero haciendo a las cartas ilegibles, espectrales. Luego las envía, intuyendo tal vez que irán a parar a las pilas de cartas de amor acumulándose en la oficina de correos, las cuales la cartera leerá en sus horas de comida, con ojos secos y curiosos, muy lejana al sentimentalismo particular, pues no verá en esas cartas ni caras ni ojos, ni corazón ni patetismo. Aquí es cuando entro yo en la matemática del destino fusional de lo no correspondido: la Cartera cómplice del Amante que nunca lo fue. Una especie de Hermes

¹ Lucrecia Martel, *La mujer sin cabeza*



de las cartas no correspondidas, de los mensajes de amor irresueltos que vinculan por siempre a dos desdichados del amor. Luego entras tú, el amante tardío al que ahora atormentan las cartas que nunca leyó, y que intenta a su vez reivindicar un amor que rechazó. En fin, no quisiera continuar mis conjeturas sin antes recibir tu respuesta al contenido de este informe. ¿Todo esto te remite a algo?

Atentamente, tu experta en
correspondencia amorosa, y cartera remitente.

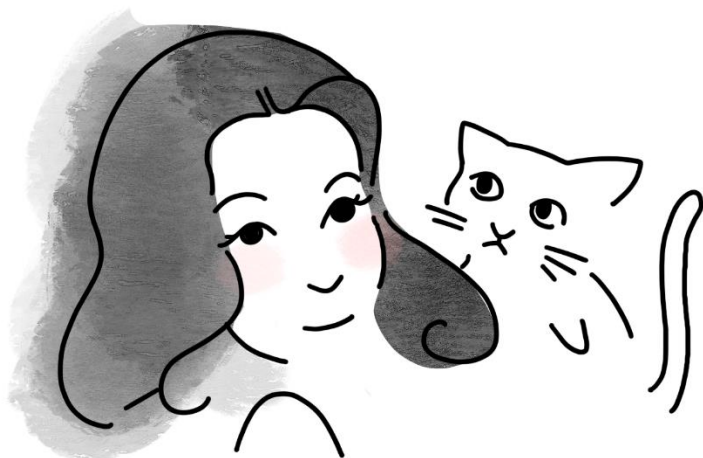




II

**Respetabilidad
clase mediera**

A partir de «La señorita Julia» en *Tiempo destrozado*, y «El entierro» en *Música concreta* de Amparo Dávila, realizamos un retrato de personaje emulando el recurso que utiliza Dávila para hacer que la respetabilidad se asemeje al delirio.



Más fotos, más lattes

Natalia Córdoba

Marieta buscaba marido. Pero no cualquier marido, lo que Marieta buscaba era «casarse bien». Su sueño era encontrar un marido millonario que la mantuviera y no tener que trabajar ni un sólo día de su vida. La seducían los autos con chofer, las casas en Las Lomas, organizar comidas, salir de compras.

Tampoco había trabajado antes, en lo que este marido soñado aparecía, siempre se las arregló para no trabajar. Lo más importante era su imagen. Su valor era su imagen, su porte, su aire de inalcanzable. Porque ella no era para cualquiera, se consideraba ella también un bien preciado al que alguien aspiraba. Y ese alguien sabría valorar lo bueno. Entonces, ella era lo bueno, lo mejor, lo exclusivo.

Sus días, mientras tanto, eran iguales. Aunque vivía en un cuarto rentado en el departamento de una señora, se había encargado de verlo como un palacio. El orden era la regla, todo tenía su lugar, todo en sus cajitas, charolitas para las llaves, los cables, organizadores de lo que sea... Todo tenía que estar impecable, como si nadie hubiera estado ahí. Dicen que las casas reflejan a las personas o a los sentimientos, no estoy segura. Parecía que nunca nadie estaba ahí.



Su ropa sólo podía ser de diseñador, sus zapatos igual. Cada tarde dejaba armado en el closet todo lo que se pondría al día siguiente, ningún detalle, accesorio o cinturón quedarían al azar. Cada mañana salía de su casa para ir a su clase de pilates (seis clases a la semana, imposible saltarse alguna), en el camino la tintorería, parada obligada. La relación con el tintorero no siempre fue fácil, al principio tuvieron sus roces. Porque Marieta no sabe hacer nada, pero todo tiene que estar hecho a su manera. La manera de los otros siempre es la equivocada, claro.

De la tintorería, entonces, a pilates. De pilates a casa a cambiarse. La ropa preparada del día anterior, lo mismo era si llevaba vestido de fiesta o pantaloncitos deportivos con tacones, todo valía. Así vestida, a desayunar, afuera claro, al mismo lugar todos los días. Ahí tampoco fue fácil el principio, porque las tazas, porque el cubierto, porque obvio algo estaba mal. Hasta que la gente aprende sus manías y ya el mundo puede volver a girar. En el camino, fotos. En la bolsa llevaba siempre su tripié para simular producciones de moda en plena calle. En la cafetería, foto otra vez, con su desayuno, con su libro que carga siempre a todos lados. Su señalador de libro es una foto suya, de hecho. Todos los días, el mismo recorrido, las mismas fotos, el mismo desayuno: Un bowl con frutas, granola y yogurt, café latte.



En las tardes, la lavandería. Más fotos, más lattes. Algunos días la tarde es en la Cineteca. Fotos otra vez, café otra vez. Otras es en el sastre, la ropa tiene que quedar perfecta, como si la hubieran confeccionado sobre su cuerpo.

Cualquier modificación en su rutina, en la preparación de sus alimentos o en la limpieza de su ropa podía sacarla de quicio. Mientras tanto seguir buscando el amor o el marido.

Una mañana el cambio comenzó sutil: el profesor de pilates no era el mismo... Después desayunó, pero el bowl de frutas era un plato. Intentó restarle importancia, pero se empezaba a incomodar. En la tintorería su ropa no estaba lista. Hubo una fuerte discusión. Cuando se estaba por sacar unas fotos la gente no dejaba de pasar por delante. En la tarde fue al cine, ahí todo tenía que mejorar. Siempre se sentía bien en el cine. Ni siquiera se fijó que película estaba por empezar, sólo entró. En la pantalla había una historia de amor. Una boda grande, una pareja de ensueño. Ella era todo lo que Marieta podía admirar, alta, elegante, distante. Casi sentía que la protagonista era ella misma. El marido no dejaba de consentirla con bolsos y zapatos de los que la enloquecían. Esa era su vida soñada.

Al día siguiente su cuarto se veía más chico, más oscuro. Se fue al cine pensando en distraerse.



Otra vez la misma película: La luna de miel era en Grecia, dos mayordomos cargaban con las maletas detrás de los recién casados.

No le gustó como salió en las fotos del cine. Al llegar a su casa unos libros estaban fuera de lugar. Organizó la ropa del día siguiente y se durmió llorando.

En la mañana no encontraba los zapatos, los nervios ya se le escapaban, la mano le temblaba. Decidió saltarse su rutina y regresar al cine. Se sacó una foto delante de la pantalla. La película era la misma, una empleada le servía a la pareja dos tazas de café latte. Marieta se acomodó en la butaca, pero unas pelusas la distraían. Cuando consiguió quitarlas todas se sintió bien, esa vida ideal de la pantalla le daba tranquilidad, esa gente era como ella, en esa película todo era perfecto y estaba en orden. El asiento de al lado no, alguien había dejado unos papeles. Atrás, una chica se quejaba de su café. Marieta se ofreció a prepararle otro, ella sabía bien cómo debía hacerse. Llevó los papeles a la basura.

Al día siguiente regresó, y al siguiente y todos los demás. Un día ya no pudo volver a su cuarto. Ese cine la tenía atrapada, en la pantalla siempre la misma película, en la sala algo imperfecto que arreglar.

Nadie hacía las cosas bien, nadie dejaba ordenado. Sólo la pareja de la pantalla. Estaba enamorada de los dos, esa pareja era su mundo.



Mientras la película seguía, ella limpiaba la sala, servía café. Ordenaba todo para la siguiente función.

Un día un hombre alto reparó en ella, le elogió su manera de mantener el orden y lo perfecta que mantenía su sala. Le dijo que siempre había esperado conocer a alguien como ella. La mujer perfecta. La citó al día siguiente en su oficina, era el dueño del cine. Le propuso trabajar en todo el cine. Ella le dijo que no le gustaba trabajar, que un día iba a casarse con un millonario. Él le dijo que entonces no podría volver.

Pero ella no podía alejarse de esa pareja perfecta, de esa mujer bien casada, elegante, distante.

La única condición que puso fue que su película siguiera siempre en cartelera y que su uniforme, lo cosiera su sastre. Mientras la pareja vivía feliz en la pantalla, ella mantenía el cine en perfecto orden, todo en su lugar, todo impecable.



Juicios

Andrea Ortiz Rangel

El juez dio su veredicto: inocente.

Unos meses antes María se encontraba revisando el calendario que tenía guardado en el buró, de acuerdo con este, la regla tendría que haberle llegado hace quince días, y sin embargo no había en su cuerpo ninguna señal del sangrado mensual que generalmente aparecía cada 28 o 29 días. Con 17 años, María cursaba el último año de preparatoria, y como todas las mujeres de su familia, lo hacía en el colegio de monjas más antiguo de la ciudad. Era la tercera de cuatro hijas criadas en una familia heredera de ingenios azucareros en la región. Desde los 11 años fue prometida en matrimonio a Pedro Villarreal, hijo de un compadre de su papá, quien era nueve años mayor que ella.

Pedro y María se reunían cada sábado, siempre acompañados por su mamá o por su hermana menor, generalmente escuchaban música o jugaban cartas, a veces salían al centro a dar una vuelta. Nunca había habido entre ellos ninguna clase de contacto físico, ni siquiera un roce de antebrazos, tal y como lo mandaban las reglas no escritas del cortejo en esa sociedad tan tradicional. María no estaba realmente enamorada de Pedro, pero le caía bien, le parecía

simpático y amable, y sobre todo y más importante, algún día no muy lejano sería su marido y juntos continuarían con el legado azucarero de ambas familias.

Además se podría decir que encontraba algo semejante al amor en otra parte. Desde hacía algunos meses María sostenía encuentros esporádicos y fugaces con Juan Antonio, quien trabajaba como chofer en la casa vecina. Estos encuentros surgieron una tarde lluviosa en que María caminaba de regreso a casa y muy amablemente Juan Antonio le ofreció llevarla para evitar que se siguiera mojando. A partir de ese día ambos jóvenes se encontraban siempre en la misma esquina, cerca del colegio, subían al automóvil y circulaban por las calles del centro de la ciudad estacionándose ocasionalmente para intercambiar -aquí sí- contactos físicos de diversa índole.

Así es que cuando no le llegó ese tedioso e incómodo sangrado mensual, María no estaba demasiado sorprendida, pero sí angustiada y aturdida con preguntas como: «¿Qué pensará mi mamá si se entera?», y peor aún, «¿Qué dirán las Gutiérrez?» Esa familia de chismosas que siempre están a la caza del mejor rumor de la colonia para divulgarlo con bombo y platillo entre las familias acomodadas de la ciudad.

Sabía muy bien lo que tenía que hacer, así que no dudo en acudir con Gertrudis, la mujer a la

que muchas veces su nana recurría cuando ella o sus hermanas se enfermaban del estómago o caían con fiebre.

Gertrudis conocía el poder de las plantas, preparaba remedios para curar los cuerpos, utilizaba oraciones y conjuros para solucionar los problemas cotidianos de los habitantes de la ciudad, pero acudían a ella particularmente mujeres que buscaban resolver la violencia conyugal, la infidelidad de los maridos, las rivalidades con otras mujeres, también había aquellas que buscaban el placer sexual y el amor del hombre deseado, y como María, estaban las que deseaban terminar con un embarazo. El remedio que Gertrudis le recetó era muy sencillo, consistía en tomar té de ruda todas las noches durante una semana y dormir con la ventana abierta. El fin de semana siguiente llegó el esperado sangrado.

Nadie en su familia ni entre sus conocidos se enteró de este suceso, sin embargo, todas las noches a partir de entonces María comenzó a soñar que era juzgada en un tribunal por un sin fin de delitos, entre los que se encontraba, por supuesto, el haber puesto fin a su embarazo. En este tribunal María se soñaba con un gorro blanco en forma de cono y rodeada de hombres que discutían sobre los distintos actos aberrantes que ella supuestamente había cometido: hechicería,

brujería, la lectura de las habas y el uso de hierbas, polvos, huesos y pelos con fines amorosos.

Debido al mal dormir, los días comenzaron a confundirse con las noches. María empezó a recoger plantas de los jardines de la ciudad y a preparar remedios a diestra y siniestra, como si alguien o algo le dictara cada receta de manera precisa. También se aprendió rezos y oraciones, la mayoría dedicadas a Santa Marta con el objetivo de cambiar las opiniones de las personas.

Pasaron días y semanas en los que María se encerraba en su cuarto mezclando plantas y soluciones, buscando el brebaje perfecto para que el juez de sus pesadillas la declarara inocente de todos los delitos de los que se le acusaba. Y mientras ella emprendía esta frenética búsqueda, la familia comenzó a preocuparse, las vecinas a cuchichear y las monjas del colegio organizaron misas para pedir por la salvación de su alma.

Una vez emitida la sentencia de inocencia María celebraba con gritos y risas eufóricas, y mientras tanto tocaba a la puerta el personal del manicomio más famoso de la ciudad.

La sangre descubierta

Lexy Peralta

Soy la semilla de la locura que llenaría de vergüenza a la familia Uruchurtu, de linaje de abolengo, raíces españolas y aire afrancesado, seres refinados de ascendencia distinguida y tradiciones solemnes. No existe duda alguna que son gente de respeto, cristianos en toda regla capaces de hacer valer a cualquier precio el recato, la compostura y el honor.

Los Uruchurtu llegaron a Veracruz, en Coatepec instalaron una finca trajeron esclavos y vivían de la explotación de las plantaciones de café. Con ínfulas de conquistadores mi familia reafirmaba la única forma de existir, aplastar a quien transgrediera las reglas.

Yo fui educada para obedecer, una Uruchurtu nunca sube la voz ni crea conflictos, no cuestiona, no opina, -vamos- casi ni respira, era digna de la estirpe que me predecía. Confieso que intenté por todos los medios ser una mujer mansa, íntegra y pudibunda. Caminaba por la espesa vegetación con elegancia inaudita, vestida en sobrada opulencia mi piel lechosa salpicada de diminutas pecas resaltaba en ese verdor, sonreía con reserva y miraba con prudencia.

Me casaron con un primo para no perder el apellido. Mi matrimonio era una especie de



suplicio y agonía, no es que el primo fuera mala persona es que simplemente no tenía alma, su mirada vacía exenta de deseo por mí o por la vida eran una bofetada diaria. Lo confirmé un día que salí a caminar por la finca, era una tarde calurosísima y húmeda del estío veracruzano, la ropa se me pegaba al cuerpo, gotas de sudor en la parte superior del labio me fastidiaban. Andaba sobre la vereda en una especie de sopor, sin querer fui a dar a donde las esclavas, estaban reunidas en una casita de madera, escuché cantos extraños y no pude evitar acercarme, por una pequeña rendija vi sus carnes contonearse, lo sublime de su negritud me paralizó el corazón, la risa escandalosa, los muslos firmes al aire; ellas danzaban y yo sentía que por primera vez en mi vida tenía alma.

Se volvió una afición salir a buscarlas, llenarme de ellas, de sus ritos, sus miradas candentes, sus bocas jugosas me cortaban la respiración, sentía una palpitación entre mis piernas, descubrí que mi alma se expandía haciéndome sentir que por fin valía la pena vivir. Regresaba a la finca cada tarde en un éxtasis, dejé de cenar para subirme a mi habitación, dormir y soñarlas. Me imaginaba a mí misma siendo parte de esas mujeres riéndome a bocajarro con sonoras carcajadas que retumbaban al mismo tiempo que sus tetas frondosas, las caderas exuberantes y la mirada lasciva, daban cuenta de



los auténticos portentos femeninos a pesar de las insignificantes comidas y el maltrato cotidiano.

El tiempo que no las veía me recordaba mi vida sin vida, tornándose cada día más opaca. Me miraba al espejo escuálida y sin gracia, me sentía enferma, el fuego que se me despertaba cada tarde viéndolas me estaba consumiendo. Sentía que a pesar de la enorme diferencia de nuestros mundos era ya parte de ellas, las sin nombre, las parias, las esclavas que encerradas eran más libres que yo. Gozaban de tenerse y sostenerse las unas a las otras.

La enfermedad del desgano se apoderó de mí, me colmó de una enorme tristeza que se filtraba en mis venas de abolengo para impedir levantarme de la cama, lo único que me entusiasmaba y me mantenía con vida era ir a verlas cada tarde. Soñaba con un día abrir la puerta de la casita de madera e irrumpir en su danza salvaje para sacudir mi cuerpo descompuesto, enjuto y seco, tomar de su savia y volver a la vida, pero todo se quedaba en un pensamiento recurrente y malogrado.

Uno de los días más calurosos observaba por ese pequeño orificio de la casa de madera, ellas -las sin nombre- hacían un rito con sangre de animales, recitaban extrañas palabras mientras se untaban los cuerpos unas a otras con ese rojo escarlata que las hacía lucir diabólicamente eróticas. Sentía que mi corazón latía más que



nunca, las órbitas de mis ojos querían desprenderse para estar más cerca y de pronto sentí una mano sobre mis hombros, en segundos sentí desvanecerme, volteé y era una de ellas, con mirada furiosa me llevó hacia adentro de la casita. Imploré que me dejaran ser una de ellas, ensangrentadas se rieron de mí, se burlaron de mi piel, de mi debilidad, me abofetearon, arrancaron mi ropa y me cortaron el pelo, pero yo suplicaba estar a su lado, sin piedad me echaron.

Regresé a la finca sin zapatos medio desnuda, golpeada, con el pelo a retazos, la mirada perdida y la sangre escurriendo por mi cuerpo. Abrí la puerta del comedor donde todos cenaban, había invitados, música, risas y algarabía. La concurrencia me volteó a ver y en un pasmo todo quedó en silencio, reí a carcajadas y dancé por el salón con la ropa desgarrada en un éxtasis delicioso, en ese delirio descubrí que por primera vez tenía alma, era el día más feliz de mi menguadísima existencia, qué gozo me recorrería completamente al revelárseme que soy la semilla de la locura que llenaría de vergüenza a la familia Uruchurtu.



El hormigueo

Bianka Hernández Adam

Soluciones bucofaríngeas, cotonetes, alcohol, artículos para lavados nasales, cuatro tipos de enjuague bucal y un paquete de pequeños cepillos alambrados que, como se indicaba en el empaque, estaban diseñados para limpiar efectivamente los recovecos más inalcanzables de todas aquellas dentaduras que atravesaban un proceso de ortodoncia. Elías observaba con detenimiento cada elemento introducido en ese carrito del super, mientras permanecía inmóvil, tenso y cabizbajo en esa interminable fila. Repasaba en su cabeza una y otra vez, la serie de eventos que lo habían llevado hasta ahí, a tener que gastar una cantidad estúpida de dinero en toda esa basura antiséptica. Se reprochaba haber sido tan holgazán, tan desaseado, tan irresponsable. Un solo descuido ¡Uno sólo! gritaba en sus adentros. Un solo descuido había sido suficiente para que ahora tuviera que enfrentarse al hecho de estar pudriéndose por dentro.

Todo había comenzado tres semanas atrás, al volver a casa después de haber ido a tomar unas cervezas con Aldo, su único amigo del trabajo. Había regresado a su pequeño pero cómodo apartamento, sintiéndose muy mareado



y con las mejillas rosadas. Al ver la hora se sorprendió, faltaban apenas unos cuarenta, cuarenta y cinco minutos para que amaneciera. Entonces pensó en Aldo, en lo rápido que se pasaba el tiempo cuando estaban juntos, en la corbata de rombos azules y rojos que le quedaba tan bien, e incluso pensó en sus manos de dedos largos y uñas cortas e impecables. Casi de inmediato y con una culpa aprendida, ensayada miles de veces, pensó en su madre y en ese rostro de auténtica confusión cuando le preguntaba tan solo unas pocas semanas antes de morir, por qué nunca había querido casarse con una buena mujer y formar una familia.

Fue ahí cuando sintió un deseo casi violento por comer algo dulce, eso era algo que le sucedía desde que su madre había muerto un año y medio antes. El azúcar le recordaba a ella, con su elegante bolsita en donde siempre procuraba llevar aunque fuera un par de sus dulces favoritos (los de anís con pasas), o la deliciosa fragancia de vainilla que había usado desde que podía recordar. La respuesta a su antojo fue una cucharada grande de la cajeta que guardaba en el fondo del refrigerador. Como era usual, una cucharada no hizo más que conducir a una siguiente, y a una siguiente hasta que Elías decidió recostarse en su cama abrazando el frasco de cajeta dispuesto a acabar con todo. Sin embargo, se había quedado dormido con la



cuchara aún rebosante en las manos y el frasco abierto apoyado en el pecho.

Con los primeros rayos de luz y todavía entre sueños, Elías tuvo una sensación muy peculiar de adormecimiento en el rostro. Abrió los ojos lentamente y de manera instintiva se llevó la mano a la boca, fue ahí cuando se dio cuenta que se encontraba invadido desde el pecho hasta la nariz por miles de hormigas que se movían furiosas y afanosas entre hileras, de arriba hacia abajo. Con un solo salto logró ponerse de pie, tallarse la cara con desesperación y correr al baño para meter la cabeza debajo del grifo. Se frotó la cara con agua y jabón, hizo buches e intentó sacar todos los bichos que pudieron haberse metido por alguno de los orificios de su cabeza. Repitió varias veces cada una de estas labores porque de alguna forma no dejaba de sentir ese nauseabundo entumecimiento generado por miles de patitas minúsculas caminándole encima. Solamente fue interrumpido por la urgencia de recordar que su cama se encontraba aún intestada con el frasco de cajeta abierto. Ese maldito frasco.

Sacó las sábanas, volteó el colchón y limpió con desinfectante cada superficie pero en cuanto pudo regresó al baño, y por primera vez en esa mañana se miró al espejo. Tenía los ojos acuosos y la cara irritada. Mientras estaba ahí parado observándose, sintió de nuevo esa asquerosa sensación de hormigueo pero ya no



alcanzaba a ver a ningún animal deslizándose en la superficie de su cara. Le sobrevino entonces la terrible certeza de que una parte de esas alimañas había logrado introducirse en su cabeza, las sentía caminando ahí dentro, habitándolo, reproduciéndose y alojándose en su cerebro. No pudo más y vomitó, sintiendo el peso del horror y la resaca.

Desde ese día nada volvió a ser igual, si bien era cierto que nunca había sido un tipo particularmente feliz, antes de la contecimiento había sido capaz de encontrar confort y hasta satisfacción en sus actividades diarias. Mantener impoluto su apartamento, recorrer tiendas departamentales en busca de la siguiente adición a la sala de su hogar, lavar y almidonar perfectamente sus camisas (tal y como le había enseñado su madre), asistir todos los días al trabajo que había desempeñado eficientemente por los últimos dieciocho años, pasar la hora de la comida con Aldo mientras hablaban mal del jefe, llamándolo incompetente e imbécil, y al menos una vez a la semana, compartir un panqué de platano o un tupper gigante de arroz con leche que Erika, la esposa de Aldo, había preparado para la cena de la noche anterior. Elías lo agradecía mucho y reconocía al mismo tiempo que la esposa de su amigo cocinaba delicioso. Así como esos rituales y actividades diarias habían muchísimas más en la vida de Elías. No era una persona feliz pero vivía



con la tranquilidad que solo la cotidianeidad y la rutina pueden otorgar.

Sin embargo ya no podía encontrar ni siquiera consuelo en aquellas actividades que lo mantenían tan centrado, había intentado tener un buen momento planchando sus camisas de cuadros, sus favoritas de planchar porque había una satisfacción muy especial en repasar la plancha encima de los caminos azules y verdes perfectamente dibujados sobre la tela. Aldo tenía una inclinación muy marcada por las camisas de cuadros, y a veces Elías imaginaba que esa camisa que estaba planchando con esmero le pertenecía más bien a él. Era un pensamiento que al menos, le podía sacar una sonrisa pero que, a esas alturas, ya había perdido todo efecto.

Una vez que comenzó el declive de su entereza mental no hubo vuelta atrás. Durante el día se las arreglaba para asistir al trabajo pero cada media hora o cuarenta minutos iba al baño a realizarse agresivos lavados en oídos, nariz y boca con un montón de soluciones salinas que había encontrado en la farmacia del super, y con esos cepillitos alambrados que de manera inadvertida resultaban ideales para introducirse en cada uno de los orificios. Elías rascaba, tallaba y aplicaba todos estos productos esperando que de alguna forma se abriera un canal y pudieran salir todas las hormigas que tenía dentro de la cabeza. Durante todo el día tenía los oídos tapados y le dolían, lo



mismo pasaba con su nariz que aparte de todo, sangraba continuamente y tenía que procurar tener un pañuelo desechable en la mano por si lo asaltaba un acceso de sangre mientras trabajaba.

Se sentía totalmente repugnado por los alimentos azucarados, aunque a decir verdad, no tenía ninguna inclinación por otro tipo de comida. Cada que se obligaba a comer algo, se imaginaba a las colonias enteras de hormigas que vivían dentro de él alimentándose de la misma forma pero con su cerebro. Se preguntaba cuándo empezaría a perder facultades mentales, se imaginaba olvidando de repente cómo hablar, cómo caminar, cómo respirar.

Cuando Aldo muy preocupado se había acercado a él para preguntarle qué le estaba pasando, si estaba enfermo, si necesitaba apoyo, e incluso ofreciéndose a llevarle la cena a su casa después del trabajo. Elías había querido contarle pero la vergüenza más absoluta lo invadió y lo único que atinó a decirle fue que todavía extrañaba mucho a su madre, no podía decirle que estaba lleno de bichos por dentro y que, por lo mismo se encontraba irremediablemente destinado a una muerte terrible. Por un descuido, por ser un imbécil mugriento, un irresponsable.

Sí, los días eran terribles y todos en la oficina advertían que algo no iba bien pero, las noches eran para Elías, la materialización del infierno mismo. Cuando intentaba encontrar algo



de descanso sentía un revuelo intenso y arácnido por debajo de las sienes o de las cuencas de los ojos. Si lograba conciliar unos minutos de sueño, tenía pesadillas horribles en donde su piel, como si fuera la cáscara magullada de un plátano, liberaba miles de mosquitos diminutos que le volaban incesantemente alrededor, soñaba también que su madre con una expresión siniestra se le acercaba con una cuchara metálica y le extraía los globos oculares teniendo acceso completo al interior de su cabeza, y pudiendo sacar a todos los bichos-huéspedes que ahí habitaban.

No podía descansar, no podía comer, lo único que podía hacer era seguir con sus lavados que le habían provocado lesiones tan terribles en las comisuras de los labios, que apenas y podía abrir la boca. Estaba casi seguro de haber quedado sordo del oído izquierdo, hacía días que no escuchaba nada y la noche anterior había tenido un abundante sangrado. La mucosa de la nariz se encontraba tan lastimada que le costaba respirar.

Elías dejó de presentarse al trabajo, no se podía permitir ser visto en esas condiciones. El teléfono sonaba varias veces durante el día pero era fácil ignorarlo. Había perdido totalmente la noción del tiempo pero estaba seguro que en algún momento alguien había ido a tocar su puerta, Aldo tal vez. No importaba, nada



importaba ya. En algún momento incluso abandonó los lavados y simplemente se recostó en su cama a esperar la muerte. La misma cama en donde todo había comenzado, se sentía correcto y coherente morir ahí.

Pensó en su madre, era la única que lo habría podido ayudar. Pensó también en Aldo, en su esposa, en el panqué de plátano, en esa eterna sensación de estar tan cerca pero tan lejos. Le sobrevino un acceso de llanto feroz, desesperado y se acostó boca abajo con una almohada en la cara como lo hacía desde que era un niño. Quería a su mamá, tal vez morir no era más que ese deseo tan inmenso de volver a oler la fragancia de vainilla y ser acunado en esos brazos anchos y cálidos. Elías creyó estar seguro de estar muriendo y apretó aún más la almohada contra su cara. Al gritar tenía la sensación de por fin vencer ,aunque por un momento, el siseo interminable del mundo de hormigas que tenía dentro.

Después de un buen rato se calmó un poco y despegó su cara de la almohada, al alejarse lo suficiente pudo ver depositados, entre la espesura de sus lagrimas y mocos, unos minusculos puntitos negros. ¡Las hormigas! ¡Había logrado sacar a las hormigas! Elías sintió un inmenso júbilo, escuchó incluso la voz de su madre diciéndole que todo estaba bien por fin, saltó en la cama y abrazó con devoción la almohada cubierta de secreciones. Pero entonces,

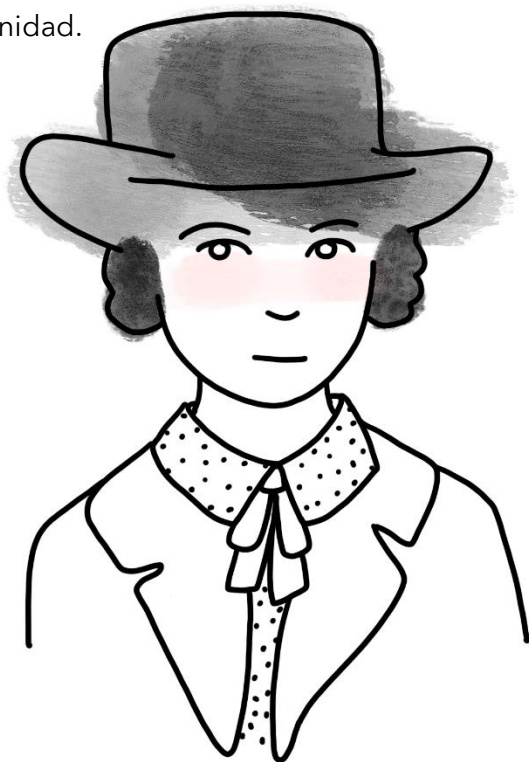


con la misma fiereza con la que llegaba la culpa después de pensar en las manos de Aldo, lo asaltó de nuevo, una terrible certeza. Esos pequeños organismos que observaba ahí en la almohada eran apenas unos qué, ¿siete, nueve? No muchos más que esos, apenas unas cuantas unidades de millones que habitaban dentro de su cabeza. No, no estaba salvado. Elías sintió de nuevo, el ya familiar hormigueo.

III

Dimensiones paralelas

Tomamos como referencia
«El eslabón perdido» y «El
ángel planeador» en
Tríptico Darwiniano de
Armonía Somers, para
escribir conjeturas
fantásticas insertas en la
cotidianidad.



Los vegetantes

Regina Ros

De la casa no había salido nadie hacía meses, y con el tiempo el interior había comenzado a estructurar una geografía, con fauna y flora, tal como un continente artificial. La población de lagartijas se comunicaba por los ductos de ventilación entre cuartos, la población de hormigas iba acabándose los kilos de azúcar humedecida en las alacenas, la población de cucarachas seguía alimentándose de las bolitas de veneno casero acumuladas en los rincones con los años. Y los retratos en sus marcos se aburrían mirando a los mismos tres pasar.

Entre los pasos humanos de aquel continente, contaban los de un abuelo, dos hermanas y una abuela casi vegetal, la cual nunca salía de su cuarto desde hacía años, así que más que por sus pasos, contribuía a la atmósfera con sus cotidianos saltos en el tiempo, cuando llamaba a las hermanas o al abuelo para decir: «Los niños no quieren jugar conmigo... Estoy sola. ¿Dónde está mi papá?». El aliento que daba ella ofrecía justamente, la ambigüedad necesaria como para que la casa instaurara sus propias leyes de vida y muerte. A través de sus muros, el calor como de verano, aunque era primavera, nunca se detenía.



En el continente amurallado que parecía la casa, había saltos temporales y saltos espaciales.

Quizás los primeros se debían a la contagiosa demencia senil de la abuela, que hacía a todos cambiar de tren de pensamiento abruptamente, entre senectud e infancia; o tal vez fuera que en la abulia del calor, sólo podían subsistir una cíclica falta de memoria y la afición por los hábitos intensivos en las horas escurridizas. Una de las hermanas solía echarse en el suelo fresco a «ver las sombras pasar» y se quedaba hipnotizada hasta que la oscuridad borraba el juego de luz. La otra hermana decía leer a Virgilio mientras sudando esperaba frente al horno a que se horneara su eterna tanda de galletas. El abuelo advertía constantemente sobre la voracidad de los mosquitos como si fuera la primera vez que lo picaban, mientras cerraba la puerta de vidrio que daba al jardín de la hamaca, o mientras cazaba mosquitos con un atrapamoscas, divertido como un niño entre luciérnagas.

Luego llegaba la tarde y con ésta, el segundo tipo de salto, el espacial. El exterior atravesaba los muros con sonidos que la acústica de la casa masticaba y volvía propios. Entonces, de un abuelo, dos hermanas y una abuela, pasaban a ser náufragos en un continente rodeado por un vasto mar sonoro de exterioridad.



Los sonidos traspasaban los techos, las puertas, las ventanas, y comenzaba el vaivén... ¿Dónde estaba la casa? ¿Había más fauna que ellos y los bichos? ¿Más flora que la de los jardines interiores? De haber todo esto afuera, si ellos se extinguieran, las cucarachas serían únicas sucesoras de ese bestiario sonoro. Ellos eran inofensivos vegetantes del continente amurallado. Afuera no habría forma de subsistir, y ya hacía tiempo que se habían asumido como enredaderas domésticas creciendo según ambiguos conceptos de espacio y tiempo. De salir, tal vez el mundo los quebraría en horas y en días definidos, como a plantas ahogadas por un estricto riego cronometrado...

En fin, el mar sonoro de afuera entraba al continente y se volvía interior. Desde sus oídos, el abuelo, las dos hermanas y la abuela vegetal, habitaban esas mareas que consistían en los alaridos de los tordos sobre los cables de contención, las palmeras despeinándose en el aire de la tarde, las pláticas telefónicas de una abuela en su garage, y el sonido de una manguera ahogando un jardín de manera obsesiva. Todo esto se convertía en la fauna sonora que rebotaba sobre las paredes de la casa en las tardes desintegradas del tiempo, cuando el abuelo se quedaba dormido en su sillón escuchando sus programas religiosos de siempre, y la abuela vegetaba en su cama.



Por las noches, los llamados de las lagartijas besuconas exacerbaban el silencio, y se escuchaban pasos como de pantuflas desganadas. Parecía que la abuela desandara en espíritu sus pasos, como hacen los agonizantes antes de morir, pero ella nunca terminaba de morir, y ya dos veces los estertores habían atravesado su garganta en agonías malogradas. Era como si en la casa la muerte no procediera de manera definitiva, sino sólo de manera parcial y constante, y esto también se veía en la flora. Por ejemplo las mafafas habían resucitado de raíces putrefactas sin ayuda alguna, y desde entonces retozaban seductoras, sus grandes hojas verde oscuro bajo el domo transparente de uno de los jardines. Tal como a la abuela desandando sus pasos, por las noches se las escuchaba susurrar. Era como si entablaran comunicación con los cuadros alrededor del jardín, pintados por el bisabuelo que se había ganado la vida retratando gente rica, arcángeles y Cristos, cabezas de san Juan Bautista ofrecidas en bandeja de plata por Salomé, o juegos de sombras en callejones de Guanajuato.

La casa, o continente amurallado, siguió condensando sus poblaciones gracias al calor de verano aunque fuera primavera, y pronto llegó la temporada de tormentas eléctricas.



Durante todo un día soleado los truenos habían estado haciendo vibrar las ventanas, mientras que los relámpagos permanecían invisibles en el azul brillante del cielo. En la casa, los vegetantes sólo habían podido usar la electricidad de manera intermitente, por lo que el abuelo no había dormitado sus programas religiosos, ni la hermana había horneado sus galletas, sino que sólo había leído a Virgilio, mientras que la otra había estado echada en el suelo «viendo las sombras pasar». Llegó la noche y una suave cortina de lluvia puso fin a relámpagos y truenos.

Afuera había luz del agua sin luna, lluvia como persianas, y adentro resultaba insólito que lagartijas y grillos hubieran dejado de sonar, y que las pantuflas de la abuela no recorrieran en espíritu los pasillos, pero a falta de electricidad, los vegetantes se fueron a sus camas... Habían apresurado la hora de dormir porque con el fresco de la lluvia, podrían taparse con una sábana delgada, lo cual en contraste con las noches de empaparse de sudor, se les presentaba como un sueño comparable al de dioses invernales.

Estaban todos dormidos. En el sueño escuchaban como si fueran náufragos, desde el tímpano de los mares, las pendientes de los truenos que cortaban como navajas luminosas la oscuridad... Fue hasta después de un silencio prolongado y húmedo, que un trueno hizo



retumbar todas las puertas, todas las ventanas, y los techos temblaron. El silencio se había desgarrado de tal modo, que en ese preciso momento los vegetantes despertaron abruptamente sordos, con el sonido del trueno como ultimo sonido atesorado por sus oídos ya inservibles.

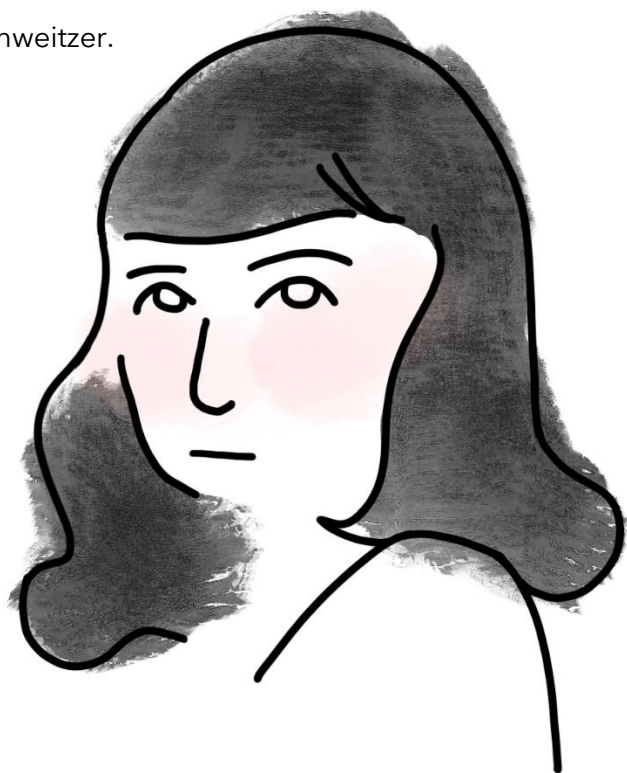
Había sucedido la catástrofe. El trueno más fuerte que ningún otro trueno había cortado el mundo y el eco del exterior desaparecido se expandía ahora por la casa... El continente flotaba en el vacío. Habían sido excluidos de la extinción, ¿ahora qué harían ellos en el continente separado del afuera extinto?



IV

Reclusión doméstica

A partir de la lectura de las versiones cortas de «El árbol» y «La última niebla» de María Luisa Bombal, planteamos en conjunto los trazos de caracterización de un personaje recluido en la domesticidad. Más tarde, cada quien tomó estas pautas para describir la vida y la evasión de un personaje al que llamamos Flora Schweitzer.

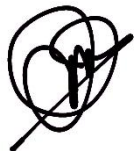


Equilibrio

Paula Prado

Eran las ocho en punto de una mañana primaveral y acababa de hacer entrega de sus tres hijos. Ellos en el colegio y ella más liviana que nunca. Mientras caminaba, notaba cómo los nervios, o la emoción, o el egoísmo sin frenos llegaba a sus extremidades. Estaba muy familiarizada con esa sensación de soltar lastre, había dedicado demasiadas horas a desearla durante los últimos meses, pero ahora era tangible. Estaba dando pasos agigantados hacia su nueva vida y se dio cuenta de que en ese collage de emociones que coexistían por primera vez, faltaba el miedo. Ser consciente de este acierto mereció un pasó aún más firme, estaba completamente satisfecha.

Flora, que durante los primeros años aclimatándose el apellido Schwitzer había disfrutado viendo las toallas de los baños perfectamente planchadas y dobladas dejando 40 centímetros de cada lado, miraba ahora hacía la silla con ropa amontonada de varias semanas. Esa ya no era su casa, hacía rato que pasaba horas con la mirada perdida. Sola ella y un conjunto cambiante de sombras. Sombras de diferentes colores que se movían a velocidades variables y hacían acelerar o pausar sus pensamientos. A ellas ya les tenía cariño, eran como el director de



orquesta de su cabeza para guiar las ideas imparables que estaban a punto de materializarse.

Su obsesión era compartida, ¿cómo había llegado hasta aquí? La cosa se puso seria aquel día en que su situación límite se cruzó con las mismas circunstancias extremas de dos desconocidas en el parque de su vecindad. Recuerda que todo empezó con un goteo de pequeñas confesiones que iban ganando soltura y crueldad a medida que crecía la confianza entre ellas. Cuando piensa en la evolución de los hechos, se sorprende de lo rápido que se fraguó su compromiso a tres bandas. Durante una temporada temió que alguna se rompiera, que titubease o cuestionase la radicalidad de las otras. Pero no. Las tres lo tenían igual de claro y esa clarividencia era resultado de haber pasado años sin reconocerse a sí mismas, sintiendo que perdían su forma particular de ser y estar en el mundo. Ese vértigo a convertirse en sólo cuerpos que se mueven por inercia las convertía en mujeres lúcidas dispuestas a todo para cambiar.

En diez minutos caminando a esa velocidad llegaría a su destino. Sus dos ya no desconocidas estarían en las mismas, a pocos minutos de ejecutar su plan. Las tres habían empezado el día como cualquier otro, haciendo un alarde consciente de rutina: bañaron, peinaron y alimentaron a sus hijos con una sonrisa nada



rutinaria. La noche anterior, cada una había repasado los detalles del plan en sus casas y nada podía fallar. Se iban, lo dejaban todo y a todos para tenerse a ellas. Y para adelantarse a los comentarios que despertaría su fuga, dejaron claro por escrito que no era un arrebato pasional, que no estaban locas y que no se arrepentirían al cabo de unos días. En ese tiempo habían podido conocer sus mejores y sus peores caras porque el comodín del anonimato y el hartazgo les facilitó la transparencia. Habían encontrado equilibrio.



Flora Schvaitzer

Natalia Córdoba

Flora tenía tres hijos. Hace 15 años se había casado con el señor Schvaitzer, un empresario, oriundo de su pueblo, con el que se instaló en la ciudad dejando atrás un pasado que pocas veces volvía a recordar.

Los primeros años fueron de ellos dos, viajando, disfrutándose y compartiendo cada momento libre que a él le quedaba entre juntas y trabajo. Ella escribía, su método consistía en salir con su cámara y fotografiar a desconocidos, la calle era su estudio previo. Ya en casa, revelaba las fotos en el cuarto oscuro que instaló en el cuartito del jardín y de ahí elegía a sus personajes. Contaba cuentos, sus historias.

Cuando nació su primer hijo hacía largos paseos en las tardes, el bebé se dormía con el aire y ella continuaba su trabajo. Formaban un buen equipo los dos.

El matrimonio funcionaba y llegaron los mellizos. Ahora, con tres hijos estaba bastante atareada y lo cierto es que también le divertía mucho acompañarlos y verlos crecer y descubrir todo por primera vez. Comenzó a fotografiarlos a ellos. Se volvió especialista en fotografía infantil y de vez en cuando la contrataban para una sesión familiar. De a poco dejó de escribir, el tiempo ya



no se organizaba tan fácilmente. A veces se olvidaba de comer, se cansaba más que antes.

Cuando los compromisos laborales del señor Schvaitzer requerían su presencia para acompañarlo en alguna cena o reunión ya no sabía cómo comportarse, se sentía más cómoda con los niños y en su cuarto oscuro, hacia rato que ya no veía otras personas en el día. Siempre en casa, los cuatro.

Después de esas desveladas le costaba salir de la cama, levantarse temprano. Se quedaba en la casa esperando a que sus hijos regresaran de la escuela haciendo de cuenta que cumplía con alguna de las tareas que se proponía. Terminaba mirando por la ventana hacia el jardín con el cuarto oscuro y los árboles que ya conocía de memoria y los caminos que a veces decidía cambiar. Imaginaba qué flores plantaría a los costados y por dónde se bifurcarían, pero todo seguía igual.

Su marido comenzó a notarla distinta, su elegancia y su gusto por la ropa original y colorida parecían haberse ido. Intentó mostrarle preocupación, pero ella no lo escuchaba. En realidad, antes sus amigas ya habían notado que se apagaba, ya no les contaba entusiasmada sus cuentos, le preguntaron si seguía escribiendo y parecía que ella no recordara siquiera de que escritos hablaban. Se fueron alejando.



Cuando los niños regresaban la encontraban en la misma ventana, mirando el mismo jardín. Algunas partes de su vida seguían abandonándose y amontonándose sin resolverse. Como la ropa sobre la silla a la que miraba de reojo mientras ordenaba algún cajón o el closet. Sabiendo que estaba ahí, pensando que ya llegaría a conseguir resolver esas partes de su vida que no entendía, o reencontrar lo que le faltaba. Mientras, miraba todo lo perdido con el mismo amor que a todo lo ordenado. No llegaba a darse cuenta qué era lo que tanto le agobiaba.

Una tarde más, dejando el parque con sus hijos, unas sombras llamaron su atención. Se regresó y pudo ver a dos mujeres a las que nunca había visto ahí. No es que se fijara mucho en la gente, pero definitivamente habría notado a estas mujeres, algo en ellas la cautivó y no podía dejar de escuchar lo que hablaban. Enseguida la vieron y la invitaron a sentarse. Eran una pareja joven, las dos escritoras. Cuando se presentó reconocieron su nombre por unos cuentos que habían leído hace tiempo. Flora Schweitzer no era un nombre fácil de olvidar. La que sí se había olvidado de que escribía era ella. Escuchándolas hablar sobre sus cuentos recordaba vagamente esa vida que llevaba antes. Reconoció lo que le faltaba, la persona que solía ser.

Cada día volvía al parque para verlas, una de ellas en particular la tenía confundida, sentía



cosas al verla, cosas que todavía no descifraba. De a poco fue llevándoles fragmentos, textos cortos. El día que completó un cuento después de tantos años, empacó las cosas de los niños y se los llevó al parque; todos sus manuscritos en la otra maleta.

Así empezaron una comunidad de escritoras que muchos años después siguió sumando mujeres. Todas viviendo juntas en una casona antigua, con un jardín, con árboles y niños creciendo como hermanos.





V



**Crónica
ficcionalada**

Tras leer «Una nueva ciencia» en *El país de humo* de Sara Gallardo, y «Ha muerto un santo» en *Su demonio preferido* de Elvira Orphée, tomamos como referencia el estilo de ambos cuentos para escribir una ficción inspirada formalmente por la crónica.



Crónica de Flora Schvaitzer

Natalia Córdoba

La primera noticia sobre ellas salió en la sección cultura del diario. Un grupo de mujeres, viviendo bajo el mismo techo, algunas con sus hijos, viviendo de y para la literatura. Una pareja de escritoras había convocado a otras tres mujeres para compartir una casa y dedicarse de lleno a la escritura. Juntas criaban a los niños y se repartían tareas y horarios para que ninguna tuviera que relegar su pasión. Varias más se fueron sumando a partir de esa noticia y ya eran tantas que hasta tuvieron que mudarse a una casona antigua, propiedad de una de ellas.

Después empezaron algunos espacios pequeños en la sección policial. Algunas familias que buscaban a su hija, a su esposa, una tía y el común denominador era que todas habían tenido, alguna vez, en su vida, el sueño de escribir.

El viernes amanecieron en primera plana, una secta había sido descubierta en una casona antigua en la que unas diez mujeres vivían en comunidad con algunos menores. La sospecha aumentó al saberse que algunas de las buscadas ya no estaban en la casa, aunque sus pertenencias pudieron recuperarse: «Crece el pacto de silencio, las mujeres interrogadas no declaran y nada se sabe de tres jóvenes cuyas familias juran haberlas



visto, por última vez en un parque con una pareja de escritoras».



Fábula de los desnudos aparecidos

Regina Ros

Cuentan de los desnudos aparecidos que llegaron un septiembre de subtrópico neblinoso...

Antes de que todo pasara, al inicio del mes, cerca de los cafetales se arremolinó el tizne del cañaveral recién quemado; por encima del río que cruza el campo, las calles asfaltadas, sus construcciones, y de nuevo el campo, el tizne formó como una parvada de pichos azabache.

El primer desnudo apareció por las vías, era la temporada de lluvias. Alguien lo había entrevisto bajo unos arboles de mango rodeados de abundante vegetación silvestre. Entre el follaje brillante, el alguien vio carne morena rojiza, oscura como de pescador. Cuando se acercó para ver si era un muerto, encontró de pie al desnudo de mirada tranquila, y de cuerpo pardeado de tizne. Los habitantes de los costados de las vías corrieron la voz, y pronto empezaron los inventos al respecto. Todo a lo largo, pasando por las vías hasta el centro urbano: fuera a saber si lo asaltarán, si lo tirarán desnudo del tren de carga que pasaba por ahí con los techos llenos de personas sosteniéndose fuerte. Andaba escondido en el matorral. Pero no, no se escondía,



miraba de frente. Más bien esperaba a alguien, tal vez a un coludido, o a que llegara la noche para robarle la ropa a cualquiera, y seguir su camino en los techos de otro tren. Pero de los árboles no había desaparecido ni un mango, así que no tendría hambre el desnudo, porque además al que lo encontró no le quitó nada, sólo lo vio dicen. Fuera a saber si no hablara, si estaba ido. Igual y el desnudo atizado anduvo por el cañaveral... Seguro deambulando por ahí desde antes, nada más que sin que nadie lo viera.

Seguían insistiendo en que «debía andar por ahí» cuando en la puerta del cine abandonado apareció otro distinto. Luego otro más en la oficina de correos, una mañana como dijo un oficial, que lo vio recién abría la cortina del establecimiento. Después otro en el café de los jubilados, mientras se jugaba la última ronda de dominó... Por más que todos desgastaran saliva cuestionándose las apariciones, sentían que no se acercaban ni al origen, ni al más mínimo dejo de la razón por la que los desnudos aparecían precisamente en la ciudad parchada de campo, vías, cemento y campo. Se desvanecía el enigma con el paso del tiempo, pero sin desaparecer, comenzaba a localizarse en las miradas de los locales, evasivas de misterios ajenos, aunque comunitarios.

Pronto la fragilidad de lo incomprensible terminó suspendiendo el sentido de la fábula, y esto fue raro en una ciudad en la que ya sólo vivían



viejos cómodos en el arcaísmo de las moralejas. Sin embargo, al oeste de la ciudad, la fábula de los desnudos aparecidos siguió ocupando los potreros con un viento llano entre los mugidos de las vacas, y al sureste, los cafetales sin dueño, y del centro urbano, los ruidos habituales... Con personas sosteniéndose a sus techos, los trenes siguieron pasando con el mismo silbido y chirrido de raíles que hacía recordar las apariciones de los desnudos, y a los pichos fabular a su antojo con alaridos insistentes.





Conclusión

Si bien estas voces femeninas en la literatura del siglo XX fueron leídas por sus contemporáneos, en la actualidad pareciera que no trascendieron. Nosotras, al leerlas, desmentimos la idea de que las mujeres de esas épocas sólo escribían sobre ciertos temas asociados a lo femenino tradicional (amor, emociones). Además, gracias a ellas, la idea que teníamos de lo que era un cuento, quedó más o menos ultrajada, pues en este recorrido encontramos una dosis de crueldad, de oscuridad, de inquietud, humor, y en una ocasión, de ligereza (gracias Silvina por «Amada en el amado»). Situándonos en la época, el encuentro con la visión erótica de María Luisa Bombal escandalizó a algunas, los retratos de personaje de Amparo Dávila nos mostraron la risa como un recurso para evidenciar el deber-ser... Armonía perturbó, desarmonizó el taller a tal grado, que nos convocó a leerla en conjunto, e hicieron falta varias cabezas para entenderla. El cuento «Una nueva ciencia» de Sara Gallardo, con sus fechas históricas verídicas y bien ancladas, engañó a un par de periodistas, que se decantaron por la crónica verídica, en lugar de por la ficción en forma de crónica... Teniendo un lugar de privilegio, todas estas escritoras podían muy bien

ser señoritas de sociedad, y sin embargo con sus textos nos han dejado manifiesto, de que el rol asignado para ellas no les era suficiente. Reclamaron su lugar en la escena literaria de su tiempo y además nos dejaron pistas a nosotras para descubrir otras perspectivas de la realidad. Leerlas hoy, es revivirlas y revivir sus valiosos descubrimientos. Esta compilación de nuestros textos es una invitación a escuchar el lado B del disco, y a seguir buscando gente oculta entre los reflectores literarios.

